



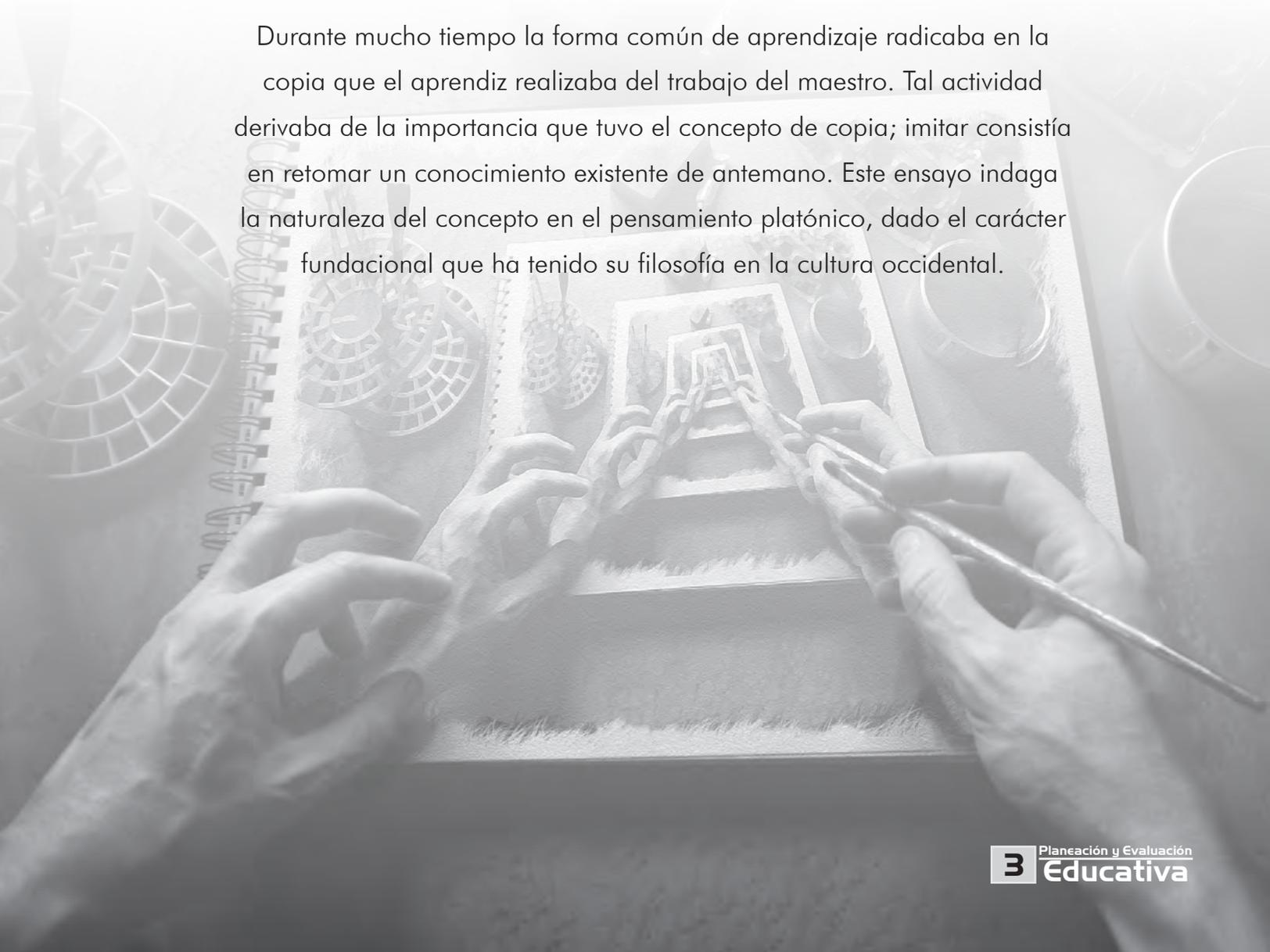
APRENDIZAJE Y MÍMESIS

* Édgar Liñán Ávila
elinan@unam.mx

* Doctor en Letras por la UNAM. Profesor de Carrera de Comunicación y Periodismo en la FES Aragón.

RESUMEN

Durante mucho tiempo la forma común de aprendizaje radicaba en la copia que el aprendiz realizaba del trabajo del maestro. Tal actividad derivaba de la importancia que tuvo el concepto de copia; imitar consistía en retomar un conocimiento existente de antemano. Este ensayo indaga la naturaleza del concepto en el pensamiento platónico, dado el carácter fundacional que ha tenido su filosofía en la cultura occidental.





Durante mucho tiempo, imitar fue la mejor manera de aprender. La idea nos repulsa pues el valor de la originalidad estrechamente vinculado al concepto de individualidad, manda en los órdenes contemporáneos de la creación y el conocimiento. No siempre fue así, la larga tradición del aprendizaje estaba ligada a la del oficio y la manera de alcanzar éste, era a través de la obtención de conocimientos de un maestro; el término de aprendizaje está vinculado al de aprendiz, que era quien conseguía los saberes a través de la enseñanza directa o de la franca imitación de cómo el instructor resolvía los problemas del oficio.

La idea tiene un fundamento que es posible reconocer en el sentido que tuvo durante mucho tiempo la manera y el significado de aprender: retomar un conocimiento que ya había sido establecido, que se perfeccionaba con el tiempo y las habilidades particulares, pero cuyo origen se perdía en una indeterminación que se aceptaba como “natural” y no pocas veces de procedencia mítica.



Sin embargo, desde nuestra visión, el concepto de copia no la podemos separar de la noción de creación original y es, de suyo, su contraparte, pues la identificamos como negativa frente a la positividad que posee el término de originalidad. Nuestra era, la de la

reproducción técnica,¹ en cambio, no anula la noción de copia, la generaliza y vuelve a cualquier creación la reproducción de una reproducción, dotando al hecho de un valor cuya negatividad, sin dejar de serlo, se convierte en algo que va más allá de la dicotomía; se convierte en la extinción de la originalidad.²

Pero esta idea contemporánea no tiene correspondencia directa con la que tuvo en el pasado. No está de más ni necesita mayor justificación remitirnos a la noción fundacional de *copiar* como una forma de representación. Las ideas platónicas al respecto son ilustrativas y probablemente las originales de lo que se entendería durante largo tiempo como el sentido recto de este concepto.

Comencemos por el famoso pasaje de la caverna de Platón, quizá el episodio más conocido de su pensamiento filosófico. En él afirma Platón que la realidad que vemos cotidianamente no es la realidad verdadera sino su sombra, su proyección, en la que, acostumbrados como estamos a aceptar como cierto solo lo habitual, permanecemos engañados. Lo que vivimos es solo una copia de una existencia más verdadera, esencial y eterna. ¿Por qué no podemos alcanzar esa verdad cierta? Porque la hemos olvidado, abandonados a un saber cómodo, complacido en las inclinaciones fáciles e inmediatas de los sentidos. Sin embargo, es posible salirnos de la comodidad de la ignorancia, basta con reflexionar y educarnos en el sentido de la verdad, de la filosofía. Por tanto, es el filósofo quien nos puede guiar y gobernar en un mundo atento al saber verdadero.

- Puesto que son filósofos aquellos que pueden alcanzar lo que siempre se mantiene igual a sí mismo y no lo son los que andan errando por multitud de cosas diferentes, ¿cuáles de ellos conviene que sean jefes de ciudad? (...)

¹ Cfr. Walter Benjamin, La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica.

² Cfr. Vicente Verdú, El estilo del mundo.



- ¿Y encontrarás cosa más propia de la ciencia que la verdad?
- ¿Cómo habría de encontrarla? –dijo.
- ¿Será, pues, posible que tenga la misma naturaleza el filósofo y el que ama la falsedad?
- De ninguna manera.
- Es, pues menester que el verdadero amante del saber tienda, desde su juventud, a la verdad sobre toda otra cosa.³

La copia no es mala en sí misma, lo es cuando ignora u oculta su calidad de copia y se hace pasar por verdadera. Los sujetados en la oscuridad de las cavernas estamos ciertos de que tal oscuridad es en realidad lo único solar pues no conocemos otro estadio encadenados como estamos en las sombras de la ignorancia. En este pasaje de *La República*, Platón habla de alguien que logra evadirse de la prisión y no solo logra ver la claridad del día y a los seres verdaderos que proyectan sus sombras en la pared de la gruta, sino que vuelve para contarles a los prisioneros acerca de la realidad verdadera que ha conocido, con la incredulidad de



quienes habituados a la penumbra desdeñan a quien ha visto lo cierto, lo verdadero. El que lo ha percibido equivaldría al que ha sido educado. Y este es el modelo que ha establecido occidente del conocimiento. Conocer es iluminarse, salir de la oscuridad de la ignorancia. El medio para alcanzarlo es la razón, el pensamiento organizado. Por ello cuando en el siglo XVIII se reconoce y afirma la razón cartesiana como la mayor certeza de la existencia se afirma que se ha encontrado la luz del conocimiento verdadero y por ello se le conoce a esta época como el siglo de las luces.

Para Platón, no obstante, hay una copia que no es negativa ni despreciable, y es aquella que *reproduce* a las cosas en su ser verdadero, en su esencia. Lo verdadero no es diferente de lo bueno y lo benéfico que se desprende del ideal. La verdad es moral, también, por tanto la prueba de que algo es verdadero es que no resulte nocivo y que enaltezca y cultive al espíritu de la idea; a lo mejor de cada uno y de la colectividad.

Como es natural, Platón cambió sus ideas a lo largo de su vida. En las obras de su juventud había negado la capacidad mimética del ser humano como posible. Sólo dios puede reproducir con ventura lo que existe. Así lo plantea en el diálogo que lleva el nombre de *Cratilo*; en él expone Sócrates el caso particular de Cratilo a quien sólo una divinidad, afirma, podría reproducir a este personaje en sus cualidades exteriores e interiores. En la siguiente cita he respetado la grafía de la edición correspondiente.

- Sócrates .-Pero en lo que a la cualidad y a la imagen en general se refiere, temo que la precisión sea otra cosa, es más, que ni siquiera sea preciso, por el contrario, evitar de un modo total el reproducir con todos sus detalles el carácter del objeto representado, cuando quiere obtener su

³ Platón, *La República*, pág. 199.



imagen. Veamos si tengo razón. ¿No habría dos objetos tales como Kratilos y la imagen de Kratilos si un dios, no contento con reproducir tu color y tu forma, como hacen los pintores, compusiese, además, tal cual es, todo o el interior de tu persona, reproduciendo exactamente las particularidades que en ti se dan; es decir, tu viveza o tu lentitud, tus movimientos, tu cuerpo y tu alma; en una palabra, si todos los rasgos de tu persona fuesen reproducidos junto a ti en una copia fiel? ¡Habría entonces allí Kratilos y una imagen de Kratilos o dos Kratilos?

- KRATILOS .- Creo que dos Kratilos, Sócrates.⁴

Sin embargo, en *El sofista*, uno de sus últimos diálogos, asegura que copiar es un asunto de la verdad y esa es la gran enseñanza con respecto a ésta. El verdadero saber que desplaza a la ignorancia se debe a la educación y la ignorancia consiste, entonces en “imaginarse saber lo que no se sabe”. Reproducir la realidad sin estar atentos a la verdad es imitar y mentir a conveniencia.

- Extranjero.- Distingo desde luego en el arte de imitar el de copiar. Copiar es reproducir las proporciones del modelo en longitud, latitud y profundidad, y además añadir a cada rasgo del dibujo los colores convenientes de tal manera, que la imitación sea perfecta.

- Teetetes.- ¿Pero no es lo mismo lo que intentan hacer todos los que se proponen imitar un objeto?

- Extranjero.- No, por lo menos los que ejecutan las grandes obras de pintura y escultura. Sabes bien que, si diesen sus verdaderas proporciones a las bellas figuras, que representan, las partes superiores nos parecerían demasiado pequeñas y



las inferiores demasiado grandes; porque vemos las unas de lejos y las otras de cerca. Así nuestros artistas de hoy, sin cuidarse de la verdad, calculan las proporciones de sus figuras teniendo en cuenta, no la realidad sino la apariencia.⁵

Copiar en este sentido significa representar la realidad en sus justas características no ajenas a un ideal, por lo tanto a una verdad trascendente. Siempre será, no obstante, una copia; creer que la copia es la verdad significaría una confusión. Por ello Platón desdeña a los artistas pues con su esmerado arte hacen creer y

⁴ Platón, *Diálogos*, pág. 221.

⁵ Platón, *Obras completas*, pág. 65.



del mundo. Educarse es aspirar al ser verdadero, al que está más allá de las falsas representaciones; somos *copias* de éste pero también seres con vocación de la verdad y el conocimiento, alejados del ámbito donde estuvimos y donde nos apercebimos de la verdad. Transcender el mundo del engaño es aprender y el timón para ello es la razón, el instrumento que deshace las tinieblas.

Copiar, en el sentido de reproducir fielmente la verdad, tuvo, por ello, durante tanto tiempo un sentido positivo. Lo que realizaban los aprendices, en los diversos órdenes, era en todo caso la conservación y renovación de un conocimiento que en su fundamento ya estaba dado y cuya fuente era la idea. El saber no era tanto una construcción como un descubrimiento y preservación. Las distintas estrategias para adquirirlo partían de que la verdad existía de antemano, pues tenía su fundamento y origen en el permanente mundo de lo divino; el adecuado esfuerzo consistía en encontrar los caminos pertinentes para el acceso a la verdad; una vez encontrada se debía sostenerla y alimentarla con más conocimiento del mismo orden. Tal visión del conocimiento permeó todos los ámbitos y por ello privilegió como una de las maneras de adquirirlo y preservarlo a la memoria. Se memoriza lo que se ha reconocido como valioso y por ello es indispensable mantener.

sentir al espectador que aquella representación es lo verdadero y con ello hacen olvidar que existe la verdadera realidad y que el arte es solo una simulación, una ilusión, una copia, por justa que sea.

Pero querámoslo o no la ignorancia está ahí, es inevitable. Despejarla constituye el camino del saber y de la vida. La enseñanza y el aprendizaje serían indispensables para convertirnos en verdaderos seres humanos, nosotros mismos copias y sombras del ser verdadero. Este pensamiento funda la metafísica occidental y el sentido que alimentará a la educación de esta visión

Vale la pena hacer esta reflexión ahora que el pensamiento racional ha sido puesto, como otros aspectos del saber, en cuestionamiento. A decir de los nuevos pensadores no somos copia de un ser verdadero, sino copia de una copia que es a la vez copia de otra y así. No habría significado solo significante. Aprender y conocer si no existe un ser verdadero consiste en una dinámica que aprende solo de otro que ha aprendido sin llegar al fondo porque el fondo es inalcanzable. Aprenderíamos solo el lenguaje del aprendizaje; formas que hablan de la verdad sin conocerla porque no existe ésta sino su enunciación. La verdad sería ante



todo “un ejército móvil de metáforas, metonimias y antropomorfismos”, como afirma Nietzsche.

La reflexión es válida e inevitable. La crisis de occidente es la crisis de una certeza. Platón es irrecuperable porque él mismo constituye un nombre y un discurso. Él mismo es el transcurrir de un pensamiento que se edita y se difunde en repetidas ediciones; un movimiento que habla de la verdad, la misma que brilla en la profundidad de un sueño, de la palabra sueño, de la palabra profundidad, de la palabra Platón.

No obstante, habría que añadir que la idea platónica del saber y el aprendizaje como edificadores de la vida parece perdurar. A pesar de que el concepto de mimesis en Platón cambió a lo largo de sus obras, aquel que se refiere a la existencia de una idea esencial detrás de la apariencia, logró sobrevivir e invadió el pensamiento de la cultura occidental y aún se mantiene presente.

Copiar no constituyó una equivocación en la medida en que se reproducía la esencia de lo representado, su realidad superior, perseverante y universal. Lo sensible, donde se habría buscado la belleza y se habrían desplegado nuestros empeños, valió en la medida en que contenía ese absoluto, el sentido profundo de la existencia humana, más allá de las apariencias y de sus acostumbradas ilusiones.

BIBLIOGRAFÍA:

- Walter, B. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México: Ítaca.
- Platón. (1958). *Diálogos*. Ediciones Ibéricas, Madrid.
- Platón. (1983). *La República*. México: UNAM.
- Platón. (1971). *Obras Completas*. Tomo IV. Madrid: Medina y Navarro Editores.
- Verdú, V. (2003). *El estilo del mundo*. Barcelona: Anagrama.